

El 15 de noviembre es el día de *Shichi-go-san* (literalmente, siete-cinco-tres), la fecha en que las familias japonesas llevan a sus hijas de entre tres y siete años y a sus hijos de cinco al santuario sintoísta para celebrar un rito en el que se ruega a los *kami* (dioses) por la salud de los niños. La costumbre es acudir al santuario más próximo, pero en los últimos tiempos muchas familias optan por otros más famosos, como Meiji o Yasukuni, en Tokio, y Heian o Yasaka, en Kioto. Como no es día festivo, la celebración se prolonga todo el mes, en especial los fines de semana.

La ceremonia dura menos de media hora, pero sirve para que los niños tengan su primer contacto importante con el *shintó* (camino de los dioses), la religión autóctona de Japón. Esto exceptuando el *Omiyamairi*, que se celebra cuando todavía son bebés. Hoy en día es habitual que los familiares acudan al santuario elegantemente vestidos, al estilo occidental casi todos los hombres y

CRÓNICA DESDE KIOTO



JORDI
Juste

Primera comunión a la japonesa

la mayoría de las mujeres. Los protagonistas, en cambio, suelen ir con quimono (*haori* y *hakama* en el caso de los niños), aunque es posible también ver a algunos vestidos como si fueran a hacer la primera comunión en una iglesia católica.

En realidad, el carácter religioso del *Shichi-go-san* es muy relativo. El papel de la religión en la vida de la mayoría de japoneses es escaso. Su rol primordial es el de facilitar los ritos de paso que marcan las etapas importantes de la existencia. Por eso eligen la religión que ofrece el ceremonial más adecuado para cada ca-



►► Dos niños en el *Shichi-go-san*.

so, de modo que se dice a menudo que son sintoístas al nacer, cristianos al casarse y budistas al morir.

La celebración del *Shichi-go-san* es una tradición originada en la corte hace más de mil años, que luego pasó a la clase samurai y al pueblo. Los números tres, cinco y siete son consistentes con la numerología japonesa, que considera de buena suerte los impares y evita a toda costa el cuatro porque se pronuncia *shi*, que también significa muerte.

El rito se celebra en el *honden*, el edificio principal, donde un sacerdote procede a purificar a los asistentes y luego lee una plegaria en la que se incluye el nombre del niño para deseárselo salud. A la salida del *honden*, el santuario obsequia a los niños con *chitoseame* (caramelos de los mil años), para asegurar su longevidad, y con diversos *omamori* (amuletos). La celebración posterior depende de cada familia, aunque es habitual comer con los más allegados.

El *Shichi-go-san* es también una fiesta importante para los fotógra-

fos, que prestan sus servicios en estudios o en el recinto del santuario para inmortalizar un momento importante en la vida de un japonés. Las cámaras digitales han puesto las cosas fáciles a las familias para ahorrar el gasto del fotógrafo, pero todavía son muchas las que contratan los servicios de profesionales.

La vida moderna ha eliminado, también aquí, muchas de las cele-

Los japoneses son sintoístas al nacer, cristianos al casarse y budistas al morir

braciones ligadas a los ciclos de la naturaleza y la vida humana, pero algunas como el *Shichi-go-san* permanecen. En Japón cada vez hay menos niños y adultos creyentes, pero parece que los padres siguen sintiendo la inclinación de ir al santuario a rogar a los *kami* por sus hijos. ≡

CONCENTRACIÓN PACÍFICA DE EXCOMBATIENTES

Sin claveles por Lisboa

Veteranos de guerra salen a las calles de la capital portuguesa a manifestarse contra el Gobierno ≡ Los presupuestos prevén un recorte del 50% en los fondos de Defensa

VIRGINIA LÓPEZ
LISBOA

Como lo hicieron el 25 de abril de 1974, día de la revolución de los claveles, los militares portugueses se han vuelto a echar a las calles de Lisboa. Esta vez no lo han hecho con ametralladoras y tanques para acabar con la dictadura y una guerra de 14 años en tres frentes africanos, sino vestidos de paisano y para demostrar su desagrado con la actual política presupuestaria del Ejecutivo luso. El Gobierno consideró la manifestación «ilegal», pero los militares no se echaron atrás y no cancelaron la concentración, que se celebró el pasado jueves. Y para escapar a las amenazas de los altos mandos del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, que habían dicho que podrían tomar represalias, optaron por concentrarse sin carteles ni cánticos. Lo denominaron el «paseo del descontento», una caminata que sirvió para convivir, unir compañeros de carrera y compartir sus preocupaciones por la actual situación económica.

Ropa de calle

Eran cerca de las seis de la tarde cuando empezaron a llegar. La mayoría optaron por aparecer vestidos con ropa de calle y unos pocos utilizaron sus uniformes militares. Fue el caso de Armando, de 72 años, sargento de la Fuerza Aérea, que se paseó con su uniforme porque cree que «nadie puede prohibir hacerlo». Pero insistió en que no se estaba manifestando, sino simplemente «conviviendo» con sus compañeros. Entre los abrazos que trababan los que hacía años que no se



►► Protesta ► Varios de los militares manifestantes, el pasado jueves, en la plaza del Rossio de Lisboa.

► LA CIFRA

Los manifestantes aseguran que el Ejecutivo les debe 2.000 millones de euros

► LA QUEJA

«No queremos dar un golpe, tan solo mostrar nuestro desacuerdo», dice un militar

veían se repetía la misma queja: el descontento con el actual Gobierno. «Nos han dado gato por liebre», comentaba Luis, militar jubilado de 73 años que dedicó 30 al Ejército. «No queremos dar un golpe de Estado, ni mucho menos, pero sí demostrar que no estamos de acuerdo».

Desde que el Gobierno portugués presentó sus presupuestos generales para el 2007, las manifestaciones, huelgas y protestas se han ido sucediendo en diferentes sectores de la población. Ahora han sido los militares, que se oponen a la reducción de cerca del 50% de los fondos destinados a Defensa y a los gastos en la salud de los militares y sus familia-

res. Muchos, como Armando, también se quejan porque verán reducidas sus pensiones. «Con menos dinero habrá menos material, menos equipamiento, menos sueldos y menos incentivos», explicó.

El único militar que apareció con un cartel de protesta fue el cabo Teixeira. Combatió en el norte de Mozambique, donde debido al estruendo de una ametralladora perdió la sensibilidad en un oído. Hace años que pide ayuda al Gobierno porque dice que está gravemente enfermo. «Si no tuviera mujer e hijos ya habría solucionado el problema, pero me necesitan y no puedo hacerlo», dice Teixeira, que no comprende

cómo se puso al servicio de su país, luchando en una guerra, y ahora nadie quiere escucharle.

Muchos de los que se concentraron tenían eso en común: la guerra de Ultramar. De 1961 a 1974, un millón de portugueses lucharon en Angola, Guinea y Mozambique. Algunos de los que fueron en servicio militar acabaron haciendo carrera. Pero no todos estaban de acuerdo con la campaña. Luis contó que consiguió quedarse en Portugal fabricando medicamentos. Todavía recuerda la composición química del comprimido que le quitaba los dolores de cabeza al dictador Salazar. «Alguna vez pensé meter otra cosa pero yo buscaba la paz, no era un asesino», confesó. Cada vez que un barco partía del muelle lisboeta en dirección a África él susurraba a los soldados que se tirasen al agua porque él los estaría esperando. Fue protagonista de la revolución y cuando piensa en el momento difícil que atraviesa Portugal cree que tal vez haría falta otro 25 de abril. «Pero ya no tendría el mismo significado», concluyó.

Leyes incumplidas

La concentración fue organizada por la Comisión de Militares en la Reserva y Jubilación, que contó con el apoyo de algunas asociaciones, como es el caso de la Asociación Nacional de Sargentos. Su presidente, Antonio Lima Coelho, se mostró muy molesto tanto con el Ministerio de Defensa como con el Gobierno, de los que dijo deben a los militares 2.000 millones de euros en pagos de pensiones, asistencia a la enfermedad e incentivos, entre otros. «Nosotros juramos cumplir las leyes pero las leyes no están siendo cumplidas; este hecho pone en causa al actual Gobierno». Por su parte, Paulo Leitao, vicepresidente de la Asociación de Soldados de la Armada, que también apoyó el paseo, afirmó que lo peor es que el Gobierno socialista «está tomando medidas sin escuchar a nadie y sin buscar el diálogo». ≡